



# Discurso Acto solemne en la festividad de Santo Tomás de Aquino

Prof. Dr. P. Julio L. Martínez, SJ  
Rector

Día de la Comunidad Universitaria  
28 de enero de 2021



Discurso Acto solemne  
en la festividad de  
Santo Tomás de Aquino

---

Prof. Dr. P. Julio L. Martínez, SJ  
Rector





*Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Nuncio, Patronos, Autoridades Académicas, Profesores e Investigadores, Alumnos y Antiguos Alumnos, Personal de Administración y Servicios, Señoras y Señores, los que están presente en el Aula Magna y todos los que seguís el acto por streaming.*

Quiero que mi primera palabra vaya dirigida a dar la bienvenida a Monseñor Bernardito Auza, Nuncio de Su Santidad el Papa Francisco en el Reino de España. En varios momentos a lo largo de este último año ha estado programada su venida a nuestra Universidad, pero las suspensiones de actos a que ha ido obligando la crisis sanitaria han hecho que esa visita tan deseada por nosotros no haya sido, hasta hoy, posible. Sea muy bienvenido monseñor a la Universidad jesuita de Madrid. Queremos que sienta esta centenaria institución fundada en 1890 como su casa y que cuente con nuestro trabajo por la Iglesia y la sociedad al servicio del Romano Pontífice.

Una celebración como ésta que cae en plena pandemia no lo tiene nada fácil y aquellos a los que nos toca pronunciar un discurso, tampoco. Son tiempos recios que parece hubieran cerrado el paso a la alegría, porque nos cercan la enfermedad y la muerte de muchos, entre los cuales contamos a familiares y amigos; está omnipresente la rareza de los modos de relacionarnos y también en muchos lugares reconocemos la destrucción de tejido social y económico que va a ser difícil reconstruir.

En la Universidad estamos saliendo adelante, no sin dificultades, incluidas las causadas por la histórica nevada caída sobre Madrid; frente a unos y otros elementos avanzamos con solvencia. Acabamos de completar satisfactoriamente el semestre con exámenes presenciales, y ya hemos arrancado el segundo

semestre, que desde luego viene cargado de incógnitas imposibles de despejar hoy, pero también —esperamos— cargado de anticuerpos que fortalezcan nuestros organismos para se puedan defender eficazmente contra el virus. Con todo, las vacunas que esperamos recibir no harán innecesarios los “anticuerpos de la solidaridad” para responder a los problemas de muchos y romper la dinámica de fatalismo en que la pandemia pugna por meternos.

Todavía resuenan en nosotros las imágenes y palabras del papa Francisco durante el momento extraordinario de oración del 27 de marzo de 2020, desde la Plaza de San Pedro bajo una lluvia torrencial. Nunca habíamos visto tan vacía la plaza y acaso nunca había sido tan alta la concentración de sentimientos compartidos por personas de distintos credos, culturas y nacionalidades, unidas en torno a la cruz de Cristo, símbolo universal que no puede ser secuestrado por ningún régimen ni ideología y que incluye y abraza a todas las víctimas de la historia. Es el símbolo que representa la fuerza débil del amor incondicional e infinito. La insólita y dura experiencia que todos estamos sufriendo, llevó al papa Francisco a decir aquellas inolvidables palabras en aquel abrazo al mundo:

*“Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. [...] No podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos [...] nadie se salva solo”.*

Francisco abrazado a la cruz en aquella noche diluvial será una de las imágenes históricas del siglo XXI, como también tiene ya una dimensión histórica y universal la nueva encíclica *Fratelli*

*Tutti* (FT) sobre la fraternidad y la amistad social. La encíclica firmada el pasado 3 de octubre en Asís constituye el más trascendental texto que durante la pandemia se haya entregado al mundo, para afrontar integralmente la situación, y el mejor marco para la reconstrucción de la humanidad; como la carta magna para una nueva Constitución de la humanidad en este cambio de época que está aconteciendo. Da un impresionante aldabonazo para recordarnos la común pertenencia humana que nos hace hermanos e hijos de Dios y también nos muestra con muchos ejemplos cómo la obscurecemos. El marco de nuestra civilización está herido y la Covid19 no ha hecho sino visibilizar el dañino estado de las desigualdades económicas y sociales; las gravísimas consecuencias de la destrucción de los ecosistemas; las fracturas y polarizaciones que se han ido ahondando; el papel grotesco de los populismos que pueden llegar hasta el punto de asaltar las instituciones democráticas, como estupefactos hemos visto en el Capitolio; y, en fin, lo lejos que estamos de sentir y comportarnos como una única familia humana.

Las carencias y los problemas no nos impiden ver cómo la grandeza del servicio y la entrega, incluso de la propia vida, en tantos profesionales esenciales, que nos sostienen, entre ellos los que han estado dando asistencia espiritual a tantos enfermos y familias en duelo en las peores circunstancias, o los que se afanan por hacer que a ninguna familia le falte lo necesario para una vida digna. Nuestra universidad ha hecho también un gran esfuerzo, con todas sus posibilidades, por poner en marcha iniciativas de voluntariado y de asistencia en esta situación. Algunas acciones se han hecho visibles y otras, aun siendo muy valiosas, quedan en lo recóndito y escondido, fuera de los focos.

En medio de ese contexto social tan preocupante, la crisis provocada por la pandemia está afectando seriamente a nuestro esta-

do de ánimo y provocando en no pocas personas una crisis ante la que afloran las grandes preguntas del ser humano sobre el sentido y el modo de vida que llevamos, así como las preguntas sobre el origen y el destino de nuestra existencia. Con atinadas palabras recoge *Fratelli tutti* esta experiencia mundial:

*“El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia” (FT, n. 33).*

Hoy es un día de celebración, pero no para echar tierra sobre esas preguntas últimas sobre el sentido de la vida, sino para dejarlas entrar con paz y hacer balance con lucidez. En un día como hoy celebramos que un grupo de compañeros de la Universidad han llegado a la jubilación y otro llega a sus veinticinco años de trabajo en ella; invertimos a los nuevos doctores y les entregamos la medalla a los nuevos profesores propios. Es también de celebración porque reconocemos a los mejores alumnos de todos los grados, másteres y doctorados. Nuestro día de santo Tomás es un tiempo de gracia aun en medio de la reciedumbre del momento; un momento propicio para redescubrir lo esencial.

Una de las preguntas que a lo largo de estos meses se ha ido repitiendo es la de si saldremos mejores de la pandemia. Respuestas hay para todos los gustos, según sea el estado de ánimo del que responde. En general, nos damos cuenta de que el mero hecho de vivir algo no garantiza que uno sea capaz de convertirlo en una oportunidad de mejora vital; necesitamos poner en juego la fuerza débil, pero decisiva, de la libertad orientada hacia el bien para que salga de nosotros algo que nos permite decir: esto me ha reforzado en mi humanidad, me ha hecho mejor; o gracias



a esta dura experiencia estoy descubriendo lo esencial. Yo creo que tiene que ver con ser capaz de poner la realidad vivida a la luz de la claridad que viene del cielo. El poeta zamorano Claudio Rodríguez con su característica sobriedad le puso hermosas palabras:

*“Siempre la claridad viene del cielo;  
es un don: no se halla entre las cosas,  
sino muy por encima, y las ocupa  
haciendo de ello vida y labor propias”.*

Así lo experimentó nuestro santo patrón de las Universidades cuando dejó inconclusa la *Summa* después de tener una profunda experiencia de contemplación del misterio de Dios que le dejó sin palabras. O tal vez sea mejor decir que le dio pleno sentido a los cientos de miles de palabras que conforman una obra colosal que asombra a cualquier ser humano. En el silencio del final de la vida de santo Tomás de Aquino quedó patente que la claridad viene del cielo y es un don.

Que la claridad viene del cielo fue hace casi cinco siglos también la experiencia del santo fundador de la Compañía de Jesús, cuyo quinto centenario de su conversión celebraremos este año 2021. El tiempo propicio para Ignacio no vino de una vivencia magnífica y placentera sino de una grave herida en una batalla en la defensa de la ciudad de Pamplona, seguida de una larga convalecencia en su casa familiar de Loyola. Se le truncaron todos los planes de honor y gloria y se le fueron abriendo otros caminos de servicio y humildad siguiendo las sendas de Cristo. Pero no de repente, sino después de mucho y abnegado trabajo interior, en ocasiones con grandes dosis de angustia.

Ante esta inminente celebración de este V centenario que pronto llega, he sentido deseos de releer *Vida de don Quijote y San-*

*cho*, una obra de don Miguel de Unamuno, que como saben fue rector de la Universidad de Salamanca, compuesta en forma de vidas paralelas, a la manera de Plutarco, y que hace un paralelismo entre don Quijote de La Mancha y san Ignacio. Es interesante ver cómo Unamuno parte para ilustrar la vida del de Loyola de la vida que compuso el gran escritor jesuita, formado bajo la dirección del mismo Ignacio, Pedro de Ribadeneira, con el título *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola* (1583). Unamuno hace la sugerente hipótesis de que la obra de Ribadeneira sobre la vida de san Ignacio figuraba en la librería de Alonso Quijano y que fue leída por él, pero que en la despiadada criba que el cura y el barbero hicieron de ella, fue inadvertidamente al fuego del corral. Esa sería la razón del porqué Cervantes no la cita. Es decir, cree Unamuno que don Quijote habría internalizado, como uno de los libros de caballerías, que con tanta pasión leía, la vida de san Ignacio y encuentra signos claros de ello.

Por ejemplo, la primera salida de don Quijote tiene una semejanza enorme con la de Ignacio cuando hizo cambio de vida, cuando durante su convalecencia leyó la vida de Cristo y de los santos y “comenzó a trocársele el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía”. Y una mañana, sin hacer caso de los consejos de su hermano, se puso en camino para emprender su vida de aventuras en Cristo, a imitación de los santos. Así también don Quijote, “sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día se armó de todas sus armas, subió sobre su Rocinante ... y por la puerta falsa del corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo” (M. Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho. Ensayos*. Madrid, Aguilar 1942, II, 11 s.).

Tanto el tenaz gentilhombre vasco que devino santo fundador, personaje histórico, como el ingenioso hidalgo manchego que se convirtió en caballero, personaje de ficción, fueron seres audaces que persiguieron sueños que, a muchos, e incluso a ellos mismos, les parecían irrealizables. Ignacio no luchó contra molinos de viento, sino contra enemigos reales y contra los propios gigantes que tenía dentro de sí. Afrontó un combate interior importante del cual nació su capacidad para discernir y para ofrecer un método para que lo hicieran también otros. Sus tiempos más recios se convirtieron en tiempos de gracia. Trabajó a fondo por bucear en su interior y por formar un grupo de hombres dedicados al mayor servicio divino, y gracias a las crisis sufridas descubrió que últimamente la claridad que no se conquistaba, ni se podía comprar, era un puro don, sin precio, y con un inestimable valor.

Hay muchos momentos en la vida de una persona que pueden ofrecer una oportunidad para redescubrir lo esencial de la vida: eso que vemos en la conversión de Ignacio. Para él comenzó con la recuperación de la herida y el cierre de los caminos de realización y éxito que hasta ese momento había anhelado, pero encontramos experiencias similares en otras situaciones, como en la pérdida de algún ser querido, la postración de que causa la enfermedad o los fracasos vitales en ámbitos profesionales o afectivos. Son momentos en los que se produce una sacudida especial que puede encender un proceso de cambio.

Durante su estancia en Loyola en 1521 y 1522, tal como nos cuenta su Autobiografía, “así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente” [Au 10], y sospechaban “que él quería hacer una gran mutación” [Au 12]. Ya en Manresa

se pregunta Ignacio: “¿Qué nueva vida es esta, que ahora [ahora] comenzamos?” [Au 21], reconociendo, más adelante, “que le parecían todas las cosas nuevas” [Au 30]. Esos ojos nuevos estaban ya iluminados por la claridad que es un don y alumbraba las cosas, pero no procede de ellas, sino de lo alto.

En cualquier caso, cualquier auténtica conversión no se da nunca de golpe y porrazo: normalmente tiene un punto intenso de inflexión, pero requiere el fuego lento para la transformación interior y el cambio profundo de la vida. Tal vez ahí está la razón por la que Ignacio se consideraba a sí mismo más como un peregrino que un convertido que hubiera alcanzado la meta.

En medio de todo lo que nos conmociona, tenemos una gran ocasión de dejar que este Año Ignaciano que en breve comenzará sea una llamada a hacer balance para vivir de otra manera inspirados en la experiencia personal de Ignacio. Que la crisis tremenda que nos está tocando vivir provoque una búsqueda existencial y espiritual que nos ayude a ser más humanos y a buscar caminos de reconciliación con nosotros mismos, con los demás, con la creación y con Dios. Que nos lance a caminar dejándonos guiar, sintiéndonos acompañados y estando abiertos a las sorpresas. Y que el año ignaciano 2021- 2022 se convierta así –siguiendo la invitación de nuestro Gran Canciller– en ocasión privilegiada para ahondar nuestra libertad interior y renovar nuestra tensión hacia el *magis*, para abrirnos a nuevas perspectivas enriquecedoras, que a los profesores y profesionales de Comillas nos viene en gran medida de acompañar a los jóvenes que eligen nuestra institución para estudiar, desde la esperanza que nos impulsa a participar en el esfuerzo colectivo por sanar las heridas de la naturaleza, a escuchar el grito de aquellos cuya dignidad es ultrajada y a preparar un mundo mejor para las futuras generaciones.

A los que lleváis veinticinco enseñando e investigando, muchas gracias por estos cinco lustros recorridos y ánimo en lo mucho que aún tenéis por delante: lo que os queda puede ser lo mejor. Lo mismo os digo a quienes con vuestros imprescindibles servicios habéis colaborado para que la Universidad funcione y cumpla su misión. Os deseo a todos que celebráis vuestros aniversarios que viváis cada día como una oportunidad radicalmente nueva para ser mejores profesionales y personas. La fidelidad de largo recorrido acaso no se valore mucho en nuestra cultura, pero al final de la jornada es lo que nos deja más genuinamente satisfechos, como bien saben los que se han jubilado estos últimos meses y que seguirán formando parte de esta comunidad siempre. Muchas gracias por vuestro compromiso de muchos años y mucha suerte en la nueva etapa de vuestra vida. Agradezco las palabras del profesor Gabino Uríbarri que han puesto un marco de afecto, sentido de vocación y hondura reflexiva a lo que estamos celebrando.

El balance también lo pueden hacer con todo derecho los nuevos profesores que alcanzan en propiedad la plaza en Comillas, bien conscientes de que no es para mayor gloria suya sino para mayor dedicación, responsabilidad y servicio. Enhorabuena por ser parte esencial de Comillas. Contamos con vosotros.

Felicidades, también, al grupo de doctores recién investidos con el máximo grado académico; seguís ahora el camino de la búsqueda de la verdad tras cumplir esta importante meta de la tesis. Es una felicitación que extiendo a los mejores alumnos de todos los grados y másteres; los premios extraordinarios entre los muchos muy buenos alumnos como tenemos. Y la hago llegar efusivamente a los cuatro doctores que han recibido los premios honoríficos a sus cuatro impresionantes tesis doctorales, añadiendo a ellas la del Dr. Borja Sánchez Barroso, recién estrenado

profesor de la Facultad de Derecho que este año ha recibido el Premio José María Ramón de San Pedro por una magnífica tesis sobre el principio de precaución en el derecho público. El fenómeno totalizante de la pandemia aún hace más actual y necesaria esta excelente investigación.

Recibir los premios extraordinarios de esta Universidad es un alto honor que estoy seguro sabréis administrar con humildad, sin perder nunca el sentido de crecimiento en posibilidades vitales y en profundidad, el sentido de lo esencial en la existencia y la búsqueda de la claridad que viene del cielo. Formáis parte de los líderes más capaces y excelentes de nuestra sociedad, pero no para vuestro propio provecho o para desprecio de otros que no alcancen vuestro nivel, sino para mayor servicio de la familia humana e integridad en el conjunto de vuestras vidas.

No os conforméis ni contentéis, y menos aún os justificuéis, con lógicas sustitutivas o paliativas que os impidan asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Vuestra capacidad de respuesta continua a las preguntas “¿dónde está tu hermano?” (Gn, 4, 9) y “¿quién es mi prójimo y cómo me puedo acercar a él?” (Lc 10, 29) serán las que os harán líderes positivos para la sociedad desde la fuerza del Evangelio. En vosotros se revelará lo mejor del alma de nuestro pueblo. Habéis sido engendrados en el reservorio de esperanza, fe y amor que atesora vuestra alma mater universitaria comillense y no podéis dejarla anestesiada y silenciada. Así de claro os lo digo en este día de feliz reconocimiento de vuestro mérito.

Unamuno interpreta la respuesta que da el hidalgo de la Mancha a Pedro Alonso, el vecino que le rescata de su primera aventura y

accidente: ‘Yo sé quién soy’ en el sentido de ‘Yo sé quién quiero ser’; y descubre ahí “el quicio de la vida humana toda: saber el hombre lo que quiere ser” (...) siendo el “impulso querencioso hacia ese que quieres ser, no es sino la morriña que te arrastra a tu hogar divino” (Ibid. 29). Estas ansias de eternidad significan al mismo tiempo que hay un sentido último de la vida y de todo lo que existe pese a toda caducidad y a toda contrariedad.

Los homenajeados y premiados sois un ejemplo fehaciente del esfuerzo de la comunidad universitaria por dar lo mejor, aun en medio de esta crisis. A todos os deseo que cada uno de vosotros pueda decir “Yo sé quién soy” en el sentido unamuniano de “Yo sé quién quiero ser”, como hizo Ignacio de Loyola. Que cada uno lo pueda decir en primera persona porque se siente llamado a ello y recibe la fuerza y el ánimo del cielo, para moverse y caminar en la dirección acertada.

Que a cada uno esta celebración nos sirva para hacer la revisión que necesitamos ante esta pandemia y sus males, y nos lleve a apostar por lo esencial y a celebrar agradecidamente los talentos que hemos recibido. Que se nos dé el don de una mirada que “haga todas las cosas nuevas” (Ap 21, 5) para vivir como tiempo de gracia y de crecimiento humano y espiritual la experiencia tan recia que nos está tocando vivir. También como tiempo que “eleva el espíritu hacia las cosas grandes” y “abre a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna” (FT, n. 55). A todos los presentes en el Aula Magna y los muchos que nos estáis siguiendo vía *streaming*: mucho ánimo y muchas gracias.

Discurso Acto solemne  
en la festividad de  
Santo Tomás de Aquino

28 de enero de 2021 | Alberto Aguilera, 23 | Madrid

